

Hasta pronto mó

Camila Delgado Arango

El domingo 31 de mayo de 2009, mientras veía televisión con mis padres, recibimos la llamada de una tía de Bogotá. Con voz preocupante le informaba a mamá que mi abuelita se encontraba en grave estado de salud. Mi abuelita se había ido a Bogotá para asistir a la Primera Comunión de uno de mis primos; la mañana del 31 se levantó y mientras estaba en la ducha se desmayó. Mi tía escuchó el sonido alarmante que provenía del baño y al abrir la puerta, vio a mi abuelita en el piso e inmediatamente la llevó a la cama.

Cuando mi abuelita recuperó su conciencia, le dijo a mi tía que tenía un dolor insoportable en el pecho y además, mareo. Al instante, mi tía llamó a la ambulancia; mi abuelita la abordó tranquilamente y en la clínica advirtió “No exageren que ya estoy bien”. Los paramédicos la acompañaron hasta el lugar donde estaba la camilla; al acostarse, comenzó a convulsionar. Sus ojos desorbitados completaban la desgarradora escena que continuó en la sala de reanimación. Ese fue el momento en que mi tía llamó para contar que estaban en la clínica.

Al conocer la noticia, no paré de llamar a mis primos. Lo único que me decían era que mi abuelita seguía en la sala de reanimación. Yo tenía un gigantesco dolor y desaliento en todo el cuerpo. Era la única abuela que me quedaba y por eso la amaba tanto. A los veinte minutos una de mis primas me llamó y el sonido de su llanto en la Clínica del Country en Bogotá, nos hizo comprender lo que ocurrió. La llamada me descompensó y en seguida mi prima, con enorme dificultad pronunció: “La perdimos. Mó (como le decíamos por cariño) se murió”. Grité muy fuerte NOOOOO, me senté en el piso y comencé a llorar. Desde el baño mamá me escuchó y al salir, con tono de esperanza preguntó: ¿Qué pasó? Le dije “Mami, Mó acaba de morir”. Se quedó mirándome y sentada en las escaleras lloró, mientras papá abrazaba su dolor.

Las cosas pasaron tan increíblemente rápido que hasta sentí algo de rabia con Dios; sufrí una depresión incontrolable, no podía dormir y tampoco pude volver al colegio. Trajeron el cadáver desde Bogotá hasta la funeraria donde llegamos a velarla el 2 de junio. Me acerqué al ataúd y al abrir la ventanita, la vi extremadamente tranquila. Inconsolable, lloré nuevamente. Mamá se acercó diciéndome “Me duele demasiado verte así, tenemos que ser fuertes y entender que Dios se la llevó porque ella ya cumplió lo que propuso para su vida”. Fue difícil entenderlo. Al menos comprendí que la tuve conmigo mucho tiempo y que la disfruté como tenía que ser. Para mi tranquilidad, sé que ella está feliz en el cielo con mi abuelito y que desde allá me cuida porque es mi angelito.